

LA CRISIS DE CULTURA EN LA LITERATURA CHILENA

Buenos Aires, Enero de 1931.

DOS escritores chilenos de significativo valer han publicado, recientemente, en un mismo opúsculo, dos trabajos de hondo sentido crítico, destinados a fijar los límites, los valores y las anomalías de la producción literaria chilena. Tanto en *Paradoja sobre las clases sociales en la literatura*, que firma Raúl Silva Castro, como en *Acerca de la literatura chilena*, que suscribe Manuel Rojas, una idéntica finalidad preside el rumbo de su contenido.

Silva Castro sostiene que la literatura chilena es una literatura de la cual están ausentes todos los grandes problemas de la vida y todas las inquietudes de la inteligencia. En torno a esta premisa, desarrolla su juicio, al que arrima un haz de observaciones atinadas, aun cuando, por momentos, se vean resentidas en la claridad indispensable para el mejor afianzamiento de sus juicios. Silva Castro pasa revista a la producción literaria chilena de los últimos veinte años, de la cual se desprende una total ausencia de interés por los más trascendentales problemas de la vida: de esa vida que no puede limitarse al estrecho marco de un país, de una ciudad o de una región.

Junto a las voces literarias de América, el eco de las expresiones creadas por los escritores chilenos, es el más débil, aun cuando, como exactamente apuntan Silva Castro y Rojas, esas voces chilenas sean las más equilibradas por la uniformidad de motivos explotados por la mayoría de los escritores. Son los menos los que prefieren inventar, crear, tras dolorosa y fecunda labor de intelecto. La mayoría se prodiga en la copia de recursos disfrazados con ligeros matices de diferenciación exterior.

Lo que yo echo de menos en esta literatura—anota Silva Castro—es la preocupación por las ideas generales y cierta angustia metafísica que hoy levanta su vuelo en casi todas las demás literaturas del mundo.

A la objeción de que para que el escritor alcance este grado de inquietud es indispensable que habite en un medio ambiente donde tales problemas existan, Silva Castro sostiene que el

escritor es el producto de una minoría para la cual existe la inteligencia y los problemas espirituales tienen realidad y a veces urgencia.

Si se observa el panorama de la literatura europea, fácilmente se divisa cómo de las minorías de cada país surge la figura que prestando oído a los problemas que gravitan en torno suyo y que no le son ajenos, imprime a su obra el giro personal que la dota del vigor indispensable para saltar fronteras, cubrir distancias y suscitar movimientos de opinión, cordiales o encontrados. Así Lawrence, Chesterton, Wells, Huxley, G. Bernard Shaw, Cocteau mismo pese a su versatilidad ideológica, Unamuno, Baroja, Pirandello, Papini y cuantos dieron muestras de estar atentos al clamor de las inquietudes más latentes y sutiles. Para éstos y no pocos más, la literatura, sin excluir cuanto debe ofrecer a la emoción, la estética y el arte, se transforma en intérprete de ideas y problemas, a cuyos principios amolda sus personajes y motivos.

Silva Castro agrega que los orígenes de este localismo literario que él, «a riesgo de quedar solo en esta apreciación», se ha propuesto combatir, tienen, por partida inicial, la condición mesocrática de la mayoría de los escritores chilenos, hombres llegados a Santiago desde todos los extremos del país, atraídos por la confianza del desahogo económico, en el cómodo refugio de las profesiones liberales. Enrolados, luego, en el cultivo de un género literario cualquiera, no adquieren, por esto, condición exclusiva de hombres de letras y continúan cortejando la profesión y la vocación, simultáneamente.

Los bohemios de ayer, apunta el autor de este trabajo que comentamos, se han adaptado a las buenas costumbres y por supuesto no escatiman sus incursiones al confesonario. De esta suerte el núcleo mesocrático dedicado a la literatura imprime a sus obras el tono escaso de sus afanes, de sus inquietudes. Son funcionarios, son profesionales, son burócratas, y la vida se les desliza sin mayores trastornos, sin interrogantes, desconociendo el dolor de la duda, de la congoja de un problema; el perseguido afán de una tesis, de una teoría continental. La vida limitada y mediocre de sus horas se refleja y se trasunta en la trama de sus novelas, en el alcance de sus ensayos, en el carácter manido de su poesía.

Nuestra literatura, desgraciadamente—agrega Silva Castro—, tiene los ojos cerrados y se mueve en una órbita pequeñita y sin trascendencia. Los hombres que la cultivan parecen no sentir la presión que sobre ellos ejercen los acontecimientos del mundo en torno o no tener curiosidad de explicarse la razón de las inquietudes que los mueven a ellos y a sus semejantes. Desde este punto de

vista, nada más cómodo que ser escritor en Chile. Como no se ahonda en nada, no se corre el peligro de ser discutido, y si eso buscan los escritores chilenos, puede decirse que han dado con el camino que un día deben haber perseguido.

En igual sentido de acusación, serena e implacable, el autor de esta paradoja prosigue ascendiendo a tal punto que expresa que en vez de un hombre de genio, Chile muestra docenas de talentos tranquilos y discretos. La discreción, manto propicio que acoge cariñosamente a los mediocres, es tan evidente que hace imposible el hallazgo de los grandes disparates, de cuanto constituye expresión de independencia y de fisonomía propia. Tan difícil es esto como dar con una concepción genial, de esas que por su vigor sobreviven a través del tiempo y del espacio, factores implacables destinados a guillotinar lo enclenque, débil y trivial.

De las páginas de este ensayo se desprende el problema que con mayor agudeza afecta a la literatura chilena. Silva Castro conceptúa que esta dolencia esencial radica en la estrecha concepción localista que inspira a los escritores de su país. Una fatal estrechez de miras limita las perspectivas de su obra, una dolorosa anemia creadora torna en juego de noria lo que debiera ser ágil y múltiple expresión de inteligencia fecunda. No abundan las excepciones. Las obras de mayor trascendencia debidas a la pluma de Edwards Bello y de Barrios están sujetas al patrón imperante y exclusivo. Para muchos, acaso para aquellos en quienes un nacionalismo enfermizo cierra los oídos a las voces del resto de la humanidad, esta actitud invariable de escribir en torno a idénticos temas y situaciones, constituye una noble y generosa preocupación. Pero generalmente se confunde el significado de la obra que realizan los autores sujetos a un principio localista.

Ricardo Rojas con su *Blasón de Plata* y *La Restauración nacionalista* y Manuel Gálvez con *El Solar de la Raza* llevaron a cabo una empresa de ubicación étnica. Se deseaba saber de dónde venimos, para saber hacia dónde vamos. No intentaremos demostrar en esta oportunidad la escasa trascendencia que tal propósito adquiriera, pero sí anotaremos que ambos autores —a título de referencia bastan sus nombres de los muchos que podrían citarse— se abocaron a la interpretación de los signos de la época, llevando, a la obra de ensayo el uno y a la novela el otro, los problemas que se desenvuelven en el seno de las multitudes y que pasan inadvertidos para ellas mismas hasta que el escritor y el artista los descubren, despertando conciencias ante la realidad. Tampoco diremos hoy el valor total de la obra

de Gálvez o de Rojas, pero es indudable que si en la Argentina no nos ciñe en forma tan marcada la cuestión local, tenemos, en cambio, la influencia de todas las modas, teorías y ensayos que cada correo de ultramar arroja a nuestra ciudad

El localismo chileno, que entre nosotros se traduce en un ir y venir de motivos folklóricos, no produce nuestra angustia. Los Fausto Burgos de nuestra literatura tienen ya su sentencia de muerte en el propio género que cultivan y en la esterilidad de un esfuerzo que pasará sin gloria ni provecho, para perderse en la balumba de papel impreso. La influencia de los «ismos» es nuestra laguna más visible, pero es indudable que de estos juegos caprichosos, saltos en el vacío, que motivaron la defunción de no pocos saltimbanquis de las letras, han surgido algunos valores en quienes la acción del trabajo y de la cultura ha de perfilar escritores de mérito indudable. Tampoco poseemos genio alguno, talentos sorprendentes. Mediocridades de las cuales, acaso, puedan esperarse revelaciones desconocidas, potencias ignoradas. Infantil fuera, por otra parte, suscribir juicios terminantes, junto a un núcleo de valores en formación.

Silva Castro ha puesto en descubierto, pues, un motivo fundamental de la crisis que afecta a la literatura chilena. Se ha dicho que es ésta la total ausencia de sensibilidad frente a la vida y ante los problemas humanos. Terminada la lectura de sus observaciones caemos en la cuenta de que si bien es cierto que la circunstancia antes apuntada puede ser factor esencial para el anquilosamiento de la literatura del pueblo, no puede, empero, ser el único, ni poseer el vigor indispensable para determinar una influencia tan señalada y amargamente perniciosa. Otros deben ser, además del citado, los motivos de tal crisis.

Pero he aquí que Manuel Rojas nos habla también de la literatura chilena y lo hace tomando para la iniciación de su capítulo, el final de los de Silva Castro cuya tesis amplía aportando la contribución de nuevas ideas acerca del mismo problema. Nos apresuramos a decir que estas páginas de Manuel Rojas constituyen el más claro y preciso de los alegatos que conocemos en torno a la literatura chilena. Se complementan con el ensayo de Silva Castro, pero poseen una total independencia de criterio y de juicio. Llevan a fondo una valiente carga contra los prejuicios más anquilosados y las rutinas más dóciles y corrientes de los escritores del país. Rojas no discute que la ausencia de aptitudes vitales en los escritores chilenos provenga de su origen mesocrático. Esto le parece incuestionable, pero lo que Rojas sostiene es que esto solo no basta para justificar la situación de las letras en Chile. La explicación resúltale insuficiente.

Considera por consiguiente otros motivos de no menor peso. En primer término el de la cultura, viejo problema que, es fuerza reconocer, no sólo afecta a la literatura de Chile, sino también a la de la Argentina y a la de toda nuestra América con mayor o menor—más mayor que menor—intensidad. Pese a las vastas declaraciones de carácter antiguo y tropical, estamos en los primeros pasos de la inquietud cultural. En Chile, la ausencia de interés por los problemas generales de la especulación intelectual es poco menos que total. En nuestro país tenemos, en cambio, la trivial disposición de convertirnos en diletantes de cuanto asoma con rótulo importado. De tan cordial como funesta inclinación surgen actitudes y producciones híbridas, sin aspecto definido, sin orientación precisa, lo que hace posible a un común e intrascendente cultor del cuento nativo disertar acerca de Proust o Max Scheler con un natural desparpajo, pese a su erudición a base de traducciones de segunda mano y tercer orden. Si el localismo chileno es pernicioso, no deja de serlo menos esta voluntad dócil y apacible de mariposear en torno a cualquier inquietud, sin dedicarle ni obtener de ella todo cuanto rinde la contracción y el estudio hacia cualquier género de problemas.

Manuel Rojas enfoca esta condición de los escritores chilenos, entre los cuales constituye un verdadero hallazgo la presencia de quien se interese por algo que no sea la menuda lectura de algunas piezas literarias, de esas que afectan, únicamente, al género que cultiva. En derredor de esta ausencia de vocación cultural, Rojas trae a colación el ejemplo de Wells o de Shaw en quienes el abultado conocimiento de fundamentales cuestiones les lleva, no a ser eruditos, sino al maravilloso mundo de nuevas inspiraciones, de nuevos motivos, sugeridos en el contacto con la ciencia y las artes.

Las obras de los más prestigiados escritores de casi todos los países de Europa rebosan de ideas, están saturadas de inquietudes, plantean problemas, sugieren teorías, se les discute, levantan clamoreos de resistencia, recogen estímulos colectivos. Rojas denuncia que en el valle que riegan el Mapocho y el Maipo «no discutimos las ideas sino cuando hieren nuestra personalidad social o literaria o nuestros intereses económicos». Acaso fuera oportuno extender los límites de estas fronteras. Por supuesto que no quedaríamos excluidos los argentinos.

Tomo del ensayo de Rojas esta oportuna cita de Max Scheler.

Culto no es quien sabe y conoce muchas modalidades contingentes de las cosas (polimatía), ni quien puede predecir y dominar, con arreglo a las leyes,

un máximo de sucesos—el primero es el erudito, y el segundo, el investigador—, sino quien posee una estructura personal, un conjunto de movibles esquemas ideales, que, apoyados unos en otros, construyen la unidad de un estilo y sirven para la intuición, el pensamiento, la concepción, la valoración y el tratamiento del mundo y de cualesquiera cosas contingentes en el mundo.

Esta cultura, esencial y básica, es la que Rojas acusa de no poseer a los escritores chilenos. Entre los más consagrados, por paciencia y tenacidad más que por méritos, son escasos los que pueden presentar el balance de una discreta cultura humanista. Entre los jóvenes, menos aun, inclinados como se evidencia hacia todos los géneros, con excepción de los de creación auténtica, por cuyas ramas se diluye la médula de las inquietudes que asiebran a cada autor.

Esta circunstancia justifica la decisión, convertida en necesidad, de abocarse a los temas que sólo exigen retentiva, cierta habilidad literaria, impuesta de observación: el paisaje del campo, de las montañas, del mar y de los hombres de Chile. A continuación expresa Rojas que débese esto a una evidente falta de método de los escritores chilenos. Una visión errónea de las posibilidades literarias del medio ambiente conduce a cuantos escriben en torno a los géneros de imaginación a repetirse continuamente, llevando y trayendo los mismo temas, adobados por distintas especias y confituras, pero compuestos de un idéntico relleno. La producción de Latorre, de Edwards, de Barrios, de Marta Brunet, de Santiván, de Espinosa y del mismo Rojas, tienen por eje el panorama de las costumbres campesinas, del roto chileno, de la vida provinciana, etc. Los que así escriben entienden que el tema o los temas de este jaez no están agotados, pero a ninguno se le ocurre pensar lo que Rojas señala, es decir, que acaso, el roto, el campesino, el campo y la montaña no están agotados, pero sí lo está el público lector que hace treinta años viene leyendo las mismas obras con ligeras variaciones de forma y diferencias de enfoque.

De esta situación quedan excluidos los poetas. Estos tratan, sí, los problemas y las inquietudes del género humano, pero lo hacen con imágenes y metáforas, lejos de toda forma cabal y definida. Con Paul Valéry, Rojas quiere tan sólo referirse a los hombres que caminan, no a los que bailan.

Siguiendo el itinerario de sus notas llegamos a la conclusión de sus fines que quedan cifrados en las siguientes líneas finales.

He querido demostrar que no era el origen mesocrático de los escritores chilenos la causa de que en su literatura no aparecieran tales o cuales problemas; he querido demostrar que algunos no han sido tratados porque la capacidad cultural de los escritores no lo ha permitido; que otros, como el sexual,

no ha sido posible tratarlo a causa principalmente de la falta de cultura de sus habitantes y de la indiferencia que aquí existe por la literatura, lo que habría colocado al escritor que de él se ocupara en el disparadero de morirse de hambre o dejar de ser escritor; y que otros, finalmente, por causa racial, no tienen eco ni origen en los escritores nacionales.

Este anhelo, sumado al no menos generoso de Raúl Silva Castro, ofrece el compuesto de un trabajo crítico maduro, dotado de muy nobles y leales propósitos. Se complementan, se ensamblan, de tal manera que de uno a otro, y pese al ligero ribete polémico que preside las páginas de Rojas, se evidencia cierto ritmo de continuidad que concurre a completar el esfuerzo de uno en la contribución del otro.—SALOMÓN WAPNIR.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS

DOS CIUDADES

AL respaldo de una carta venida de Buenos Aires, advertimos un sello grande, verde, color que llaman de esperanza. Majestuoso palacio al fondo. En primer plano, una pareja de estudiantes: capa española, ceñido pantalón a cuadros, galera de felpa con hebilla de plata. Sobre límpido cielo, cuatro golondrinas. Y una leyenda sobre el marco: «Pro Ciudad Universitaria de Madrid. Yo doy 10 cts.» Para el viaje de estos estudiantes. Exodo de golondrinas.

El esfuerzo de toda España secunda la iniciativa del Monarca. Se multiplicarán los palacios, se alzarán numerosas cátedras. Todo será allí amplio, cómodo, bien dispuesto. Sólo que en un principio, como es natural, los muchachos se sentirán un poco desorientados en medio de tanta munificencia. Hasta que el tiempo dé a todo aspecto familiar y trueque palacios en hogares.

Ahora se nos ocurre a nosotros pensar en otra ciudad. Pequeñita y austral. Habitada por un sólo propósito. Salvemos proporciones. Aquella, grande, populosa, rica, principio de un continente, ciudad de paso, cielo límpido cruzado de pájaros; pupilas ante un horizonte. Esta otra, humilde, casi desconocida, ciudad de reposo, situada al término de la tierra; cielo lluvioso, cada ave en su nido; ojos inclinados sobre un microscopio analizan la propia existencia. Con todo, allí palacios que esperan vida; aquí, vida que espera palacios.

En todo caso, hermoso sueño. Cruzar el océano. Llegar a España. Revolver archivos pre-coloniales. Recibir la influencia